

EL ESPIRITU QUE HABITA EN NUESTRAS ALMAS

Manuel Ruiz Jurado, S. J.

S. Pablo afirma varias veces taxativamente que los que se dan a la impureza no poseerán el Reino de Dios (1). Esta advertencia debiera ser para todo cristiano una señal de "peligro de muerte eterna", que le retrajese eficazmente del pecado y de sus proximidades. Pero S. Pablo acude en otra ocasión a un motivo especial: la pureza es, según su pensamiento, una exigencia de la entidad real del cristiano. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que habita en vosotros y le habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? Habéis sido comprados a gran precio, glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor. 6,19).

El pecado impuro aparece a esta luz como un atropello, un allanamiento de morada, una profanación. El impuro dispone de su cuerpo que es posesión especial y templo de Dios para hacerlo servir al pecado. No envilece sólo su dignidad humana, actuando contra el orden natural y divino, sino que me-

nosprecia al Espíritu divino que ha hecho de él su templo vivo, su morada de gracia (2).

La pureza del cuerpo es una exigencia de nuestro ser sobrenatural, la consecuencia de una realización auténtica de nuestra más sublime realidad. Es que en la realidad radical no nos pertenecemos, ni menos en el orden de la gracia. Somos de Cristo, que nos compró con su sangre, y nos ha hecho templos para su Espíritu (3).

Don de Dios

Esta conciencia de saberse de otro, es fundamental en el cristiano. No sólo pertenecemos a Cristo por ser El Dios, de quien recibimos continuamente nuestro ser contingente y todas nuestras posibilidades de actuación, sino

(2) 1 Tes. 4,8 Cf. P. J. LEAL S. J., SENT II. Madrid 1962 (BAC) 387s (1C6,15-9) 908 n. 8.²

(3) P¹⁰ X¹¹ «*Mystici Corporis*» AAS 35 (1943) 219. Cf. Jo. 3,34; Ef. 1,8; y 4,7. En Mt. 4,1; Lc. 4, 1-2 y 10,21; etc.

(1) Gal. 5,21; Ef. 5,5; 1 Cor. 6,9-10

ESPIRITUALIDAD

que en el orden de la gracia recibimos de El un nuevo ser superior, donación de su misericordia.

Para que la conciencia de este nuevo ser se apodere de nuestro interior, nos interesa reflexionar sobre los datos que la revelación divina y el magisterio de la Iglesia nos ofrecen a este respecto.

La S. Escritura nos presenta ese nuevo ser sobrenatural como una "nueva creatura" (Gal. 6,15), un "hombre nuevo" (Ef. 4,24), que procede de un misterioso nuevo nacimiento (Jo. 3). En él consiste ese gran don de Dios (Jo. 4,10) por el que somos trasladados de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz (1 Jo. 3,14). Es tan real, que en comparación con él, la vida natural del hombre es muerte.

¿Cómo se realiza en nosotros ese cambio? ¿Quién introduce en nosotros ese nuevo germen de vida sobrehumana? El mismo Espíritu Santo que en el recóndito misterio de la vida trinitaria es el mutuo don del Padre y del Hijo, persona divina como el Padre y el Hijo. El Espíritu creador, el Espíritu santificador, no de lejos y como por reflejos, sino con su propia presencia, viene a ser el don por excelencia de Cristo a los hombres (4), el don que nos transforma en hijos de Dios con su divina presencia (Gal. 4,6; 1 Jo. 3,1; Rom. 8,14-7).

Espíritu de Cristo

Quando el cristiano ferviente desea reproducir con su vida la vida de Cristo en la tierra, no se lanza a una vana ilusión, si su esfuerzo lleva el mismo contenido que el mero intento de imitar los ejemplos de un modelo. El cristiano en gracia lleva en su alma el mismo Espíritu que guiaba a Cristo en su vida terrena. Claro que en Cristo habitaba necesariamente el Espíritu Santo, dada

la encarnación del Verbo, y dirigía todas sus acciones, como acciones de cuya santidad era responsable la misma divinidad en la persona del Verbo.

En nosotros, la presencia del Espíritu es contingente, pendiente de nuestra libre aceptación o repulsa. Nuestra personalidad sigue siendo humana, sin que de nuestras acciones sea responsable otro que nuestro yo humano. Pero llevamos en nuestros vasos de barro ese tesoro infinito que nos dignifica, y nos transforma en hombres nuevos capaces de actuar en un plano sobrehumano, divinizado.

Por esa nueva savia de vida quedamos injertados en la vid que es Cristo, en ese nuevo cuerpo misterioso del que Cristo es la Cabeza y nosotros sus miembros. El mismo Espíritu que habita en Cristo, en plenitud sin medida, habita así también en nosotros, en la medida en que lo recibimos de Cristo (5).

Es una realidad la exigencia que lleva el cristiano de ser una prolongación de Cristo en la tierra. El cristiano en gracia tiene en su interior una dinámica profunda, el impulso de vida del Espíritu Santo le dirige a reproducir los gestos, la actuación divina de Cristo.

La nueva filiación

La presencia del Espíritu en nuestras almas no es, sin embargo, una fuerza que nos impulsa sin transformarnos y elevarnos antes a un nuevo plano del ser.

San Basilio decía que "el Espíritu Santo debe compararse con el hombre que en las obras de arte imprime el sello de sus ideas; con esta diferencia que el carácter divino que se nos comunica es viviente y forma de nosotros vivas imágenes de la substancia divi-

(4) Cfr. LEÓN XIII «*Divinum illud*» ASS 29 (1896 7) 652, y M. J. SCHEEBEN, *Misterios del cristianismo*, Barcelona 1957, 168.

(5) Véase la nota 3.^a.

na" (6), y prosigue hasta afirmar: "La diferencia entre las almas justas y el Espíritu Santo consiste en que el Espíritu Santo es la santidad por esencia; en cambio, las almas (justas) tienen de El la participación de la santidad".

Participación de la santidad por esencia, imagen viviente de la sustancia divina es lo que San Pedro se atreve a llamar consorcio con la naturaleza divina" (2 Petr. 1,4); S. Juan, "germen de Dios «σπέρμα Θεού» (1 Jo. 3,9) y junto con San Pablo: "filiación divina" (1 Jo. 3,1-2; Gal. 4,6; Rom. 8,16, etc.).

Antes de la venida del Espíritu a nuestras almas somos sólo creaturas de Dios. Nuestra situación ante El es la del siervo que intenta mirar hacia su Señor. Nuestro diálogo con Dios sólo puede fundarse en nuestra capacidad natural del conocer y amar. Dios aparecería a nuestros ojos, sin la luz de la fe, como el ser trascendente, lejano, envuelto en las tinieblas, separado infinitamente de nosotros, inaccesible en visión directa a nuestra potencia limitada de conocer, compuesta de fragmentos de realidad y de abstracciones.

Como efecto preciso del acercamiento salvífico de Dios al hombre, la luz de la fe nos abre a un modo de conocer, nos dispone al diálogo de amis-

tad con Dios. Y es a ese Dios personal, *Padre*, amigo del hombre, conocido por la fe, a Quien amamos por la virtud de la caridad que el Espíritu Santo viene a imprimir con su presencia en nuestros corazones (7). Hasta ese momento de la gracia, Dios estaba presente en nuestra alma conservándonos y cooperando a nuestras acciones propias de seres racionales. Pero con la nueva presencia, por la gracia eleva nuestro ser a posibilidades que antes no tenía. Se ha introducido en nosotros un nuevo principio de ser y de actuar; una *nueva naturaleza* en nosotros nos permite conocer y amar a Dios de un modo nuevo "completamente íntimo y singular, absolutamente sobrenatural" (8). Y es que "el que está en Cristo, es una nueva creatura" (2 Cor. 5,17).

Nuestras relaciones con Dios pasan al nivel de esa transformación operada en nosotros por la presencia del Espíritu divino, al nivel de ese nuevo ser según la imagen del Hijo natural de Dios. Por haber recibido esa participación misteriosa de la naturaleza divina, pasamos en realidad a ser verdaderos hijos de Dios por gracia, por adopción divina. Podemos llamar a Dios con toda verdad Padre. Nuestra adopción no se lleva a cabo por un simple trámite jurídico sino por una auténtica comunicación de naturaleza divina, misteriosa, inexplicable, pero real. Así somos hijos de Dios (9) porque "Dios ha envia-

(6) S. BASILIO «*Contra Eunomium*» lib. 5: cit. por V. SAVARESE en *El Espíritu Santificador*, Barcelona 1941, p. 137.

S. ATANASIO arguye de nuestra participación en la naturaleza divina por la comunicación del Espíritu Santo, para probar la divinidad del mismo Espíritu: «Si el Espíritu Santo fuese algo creado, no habría en El ninguna comunicación divina a nosotros...» MG 26,585.

Véase *La Sagrada Escritura. NT. II* antes cit.: com. de J. I. Vicentini S. I. a Rom. 5,3-5, p. 217. Aunque toda la Stma. Trinidad viene a habitar en el alma en gracia, por ser la habitación una obra especial del amor de Dios se atribuye en particular al Espíritu Santo. Prescindo aquí de la discusión teológica sobre si se ha de decir que el Padre y el Hijo habitan en el justo, por su inseparabilidad con el Espíritu, siendo el Espíritu el que propiamente habita, o si más bien la habitación es propia de las tres divinas personas y se atribuye al Espíritu sólo por apropiación.

(7) Rom. 5,5. Véase A. M. HENRY «*El Espíritu Santo*» col. Yo sé, yo creo, Andorra 1961 p. 111.

(8) Encicl. ya citada en la nota 3) p. 231 de AAS y p. 728 de la edic. española. Véase el pasaje de HENRY citado en la nota anterior.

(9) 1 Jo. 3,1; Gal. 4,4-6; Ef. 1,5; Rom. 8, 14-7.

S. CIRILO DE JERUSALEN refiriéndose a la voz del padre «éste es mi Hijo», aplica al hombre la expresión «éste ha sido hecho ahora mi hijo», y aclara: «...a El le conviene «es», porque siempre es el Hijo de Dios, a tí en cambio «ahora ha sido hecho», porque no posees el título de hijo por naturaleza, sino que lo recibes por la adopción» MG 33,444. Véase también S. CIRILO DE ALEJANDRIA en su comentario a S. Juan: MG 74,273.

do a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo" (Gal. 4,6). "El mismo Espíritu da testimonio junto con nuestro Espíritu de que somos Hijos de Dios" (Rom. 8,16).

Presencia misteriosa

La presencia transformante y santificadora del Espíritu Santo en nosotros no es una consecuencia de nuestro ser de creaturas. Es algo totalmente por encima de nuestras posibilidades y exigencias naturales.

La inmensidad de Dios implica su presencia, necesaria y constante, en todo ser que ocupa un puesto en la existencia. No hay nada que escape a su mirada, ni a su acción conservadora y bienhechora. Pero esta nueva presencia del Espíritu en nosotros se revela como algo distinto y absolutamente superior, exclusivo del alma que recibe la vida nueva en Cristo, y sujeta a la eventualidad de su pérdida por el pecado mortal (10).

"También a tí vendrá el Espíritu Santo, si tienes una piedad sincera" escribía S. Cirilo de Jerusalén en el s. IV (11), según la palabra de Cristo: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y moraremos en él" (Jo. 14,23).

Si miramos de frente y en profundidad, tratando de vislumbrar en qué consiste esa nueva presencia, nos sentimos abocados a un profundo misterio.

(10) V. E. DENZINGER *«El Magisterio de la Iglesia»*, versión de D. RUIZ BUENO, Barcelona 1955, núm. 799 y Jo. 14;17.23. En la enciclica *«Divinum illud»* AAS 29 (1896-7) p. 652. En M. J. ROUET DE JOURNEL *«Enquiritidion Patristicum»*, Friburgo 1953, núm. 813.

(11) S. CIRILO DE JERUSALEN en *«Enchiridion Patrist.»* lugar cit. en la nota anterior. Según la teología católica, la visión y amor de Dios en el Cielo son sólo el fruto maduro de la potencia de conocer y amar a Dios que en esta vida se nos da con la gracia. La gracia es el don creado que acompaña inseparablemente la venida santificante del Espíritu a las almas.

En frase de Pío XII: "Misterio oculto, el cual, mientras estemos en este destierro terrenal, de ningún modo se podrá penetrar con plena claridad ni expresarse con lengua humana" (12).

La comparación de la inhabitación del Espíritu Santo de que tratamos, con la unión íntima de Dios a los bienaventurados en el Cielo, es lo que, según la enciclica "Mystici Corporis", puede iluminar mejor el contenido de este misterio. A ello acude Pío XII, cuando intenta dar la última palabra de explicación: "Esta admirable unión, que con nombre propio se llama inhabitación, difiere sólo en la condición o estado de aquella con que Dios abraza a los del Cielo haciéndolos felices".

Esto ha llevado a algunos teólogos a ver en la inhabitación del Espíritu Santo una comunicación cuasi formal de Dios al hombre (14). Ello supondría colocar la actuación de Dios, en este caso de la comunicación del Espíritu Santo

(12) Encicl. *Mystici Corporis* ya cit. AAS p. 231, en la edic. españ. pp. 727-8. Cf. JEAN MOUROUX, *Remarques sur la foi dans Saint Paul*, Revue d'Apologétique, oct. 1937, p. 293-5.

(13) *«Mystici Corporis»* lug. cit. en la nota anterior.

(14) Según las elaboraciones más recientes de esta teoría, se concibe la gracia creada como causa material o última disposición respecto del don increado (el Espíritu Santo) que se comunica al alma por una causalidad cuasi formal, no meramente eficiente. Algo así como en la visión intuitiva en que Dios será término inmediato del acto de conocimiento.

En esta tendencia habría que situar a M. J. SCHEEBEN, DE REGNON, K. RAHNER y algunos otros.

PIO XII señaló los límites entre los que se debe mover la investigación del presente misterio: «Han de rechazar, tratándose de esta unión mística, toda forma que haga a los fieles traspasar de cualquier modo el orden de las cosas creadas e invadir erróneamente lo divino; ni un solo atributo propio del sempiterno Dios puede atribuírsele como propio. Además, sostengan firmemente y con toda certeza que en estas cosas todo es común a la Stma. Trinidad, puesto que todo se refiere a Dios como a suprema causa eficiente» AAS 35 (1943) p. 231. Véase H. RONDET *«Gratia Christi»* París 1948, p. 336-9.

al alma, en un ámbito de acciones casi "ad intra", ya que toda la actuación de Dios "ad extra" hay que colocarla en el orden de la causa eficiente (15).

En todo caso este enfoque atrevido del problema puede indicarnos que lo que las fuentes de la revelación nos dan como inhabitación del Espíritu en nuestras almas es una unión tan íntima y singular que las categorías de los teólogos no bastan a encuadrarlo satisfactoriamente.

Lo cierto es que ese estar con el Señor, que se consumará definitivamente en la gloria, lo incoamos ya aquí en la comunicación divina que se establece en nuestra alma por la presencia del Espíritu Santo.

Dinámica vital. Los frutos del Espíritu

El Espíritu Santo presente en el alma, no sólo la santifica, transformándola, capacitándola para un nuevo modo de conocer y amar, para una nueva vida según Cristo. El Espíritu Santo actúa también en el alma, impulsándola a mortificar las obras de la carne, guiándola no según los principios del mundo, ni los del temor servil, sino según la piedad, la fortaleza, la sobriedad, el amor filial a Dios y fraternal a los hombres (16).

El Espíritu Santo enseña al alma de un modo admirable dándole una mayor penetración en el misterio oculto en las palabras de Jesús, la consuela y la conforta (17). Más aún, acude en ayuda de

nuestra debilidad, ya que no sabemos orar como conviene, e "intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rom. 8,26).

La presencia del Espíritu se traduce en liberación y renovación del corazón humano. Ella abre en el hombre una nueva fuente de perfeccionamiento de sus obras por la actuación de lo que conocemos con el nombre de dones del Espíritu Santo (18). JEAN MOUROUX ha descrito bellamente esa nueva dinámica interior inserta en el corazón del hombre: "Toda la vida interior de ese hombre se encuentra cambiada, y experimenta esa convulsión radical de las fuerzas. La carne ha cesado de vencerle de repente contra la llamada desgarradora de su espíritu tiranizado; en adelante será ella la vencida. Otra fuerza, otra vida se manifiesta por sus frutos íntimos de un sabor divino. Una seguridad persistente, luces y mociones, deseos llenos de vehemencia y a la vez de dolor y ternura, una orientación y un impulso habituales y profundos eso es lo que experimenta" (19).

La nueva vitalidad interna se ha manifestado al exterior en frutos de santidad, beneficencia social y apostolado. La venida del Espíritu tiene en la S. Escritura un sentido de fuerza y de poder. Es una manifestación dinámica de Dios, que da testimonio de Cristo entre los hombres, no sólo introduciéndolos en el ámbito de la fe, o ayudándoles a confesar esa misma fe, sino por los frutos de obras que lleva consigo. Esos frutos son un testimonio viviente de Cristo y como una epifanía divina en la sociedad cristiana.

El Espíritu divino se manifiesta en nuestra "caridad, alegría, paz, longani-

(15) (No intento sostener esta opinión, sólo expongo hasta donde se han atrevido algunos teólogos a llegar). Acciones «ad extra» son las acciones de Dios cuyos efectos caen fuera del ámbito tripersonal de la esencia divina. Tales efectos son el término creado de la actuación causal eficientemente de Dios. Acciones «ad intra» son las que quedan dentro del ámbito de la esencia trinitaria divina: conocimiento y amor de Dios. Constituyen el acto purísimo del ser divino.

(16) 2 Tim. 1,6-7; 1 Jo. 4; Rom. 8,1-13: véase J. HUBY «*La vie dans l'Esprit*», *Recherches de Science Religieuse* 30 (1940) 5-39.

(17) Rom. 8,14; Jo. 15,26; 16, 7; 14,16.26.

(18) Según SANTO TOMÁS los dones del Espíritu Santo son unas disposiciones o «cualidades habituales, por las que el hombre es perfeccionado para obedecer prontamente al Espíritu Santo»: 1-2,68 a. 3 in c. En *III Sent.* dist. 34, q. 1, a. 4 refiere las bienaventuranzas a los dones como las operaciones a sus hábitos respectivos.

(19) J. MOUROUX, «*Remarques...*» ya cit. en la nota 12) de este art.

midad, bondad, mansedumbre, fidelidad, dominio de uno mismo" (Gal. 5,22-3).

La vida cristiana se ha de concebir como una vida bajo la acción del Espíritu que habita en nuestras almas. Esto es lo que S. Pablo llama "andar en el Espíritu", "andar en el Señor", "vivir en Cristo".

Espiritualidad y Teología

Es importante fundamentar la vida espiritual en estas verdades fundamentales de la teología católica.

Toda espiritualidad cristiana auténtica tiene que vivir de acuerdo con estas verdades y obrar en consecuencia con ellas. Así ha ocurrido en la historia de la espiritualidad, aunque quizás a veces hayan quedado oscurecidas o soterradas por apariencias secundarias o accesorias. Pero hoy que tendemos a hacer resaltar lo esquemático, escueto y esencial en el arte, nos atrae también la sinceridad fundamental, lo verdaderamente auténtico en la vida. Pues que sea ésta una de las causas por las que tendemos en la vida espiritual a insistir en estas verdades teológicas fundamentales.

Si no se insiste en ellas, puede sobreponerse la tendencia naturalista a considerar la vida espiritual como obra de un esfuerzo meramente humano. De ahí los consiguientes desenfoces, fracasos y desencantos. La conciencia cada vez más viva de la presencia del Espíri-

tu Santo y de su actuación en nuestro interior evitaría esos despistes y estancamientos.

La vida cristiana es obra de la gracia en nosotros. El Espíritu Santo es su principal director, y el alma ha de seguir las luces e impulsos que El inspira. Todas las veces que el alma se niega a actuar según los preceptos, aun leves, de Dios o de la Iglesia, contra la recta conciencia, todas las veces que elude sus responsabilidades personales o las propias de su estado, no actúa en la dirección del Espíritu.

Pero además, queda abierto en su interior el diálogo a exigencias personalísimas e impulsos, que sólo un diálogo íntimo con el Señor puede descubrir y disponer el alma para seguirlos. Para ello es necesario hacer silencio a otras voces estridentes, ruidos y distracciones epidérmicas, que roban nuestra atención al Espíritu que habita en nuestro interior. De ahí, una evidente necesidad de negarse a sí mismo para seguir a Cristo, para "vivir en Cristo", según Cristo.

Con razón se ha resumido a veces la espiritualidad cristiana sistematizándola a base de dos principios fundamentales: pureza de corazón (que es igual a silencio y abnegación a todo lo demás), y docilidad al Espíritu Santo (20).

(20) Así lo ha hecho particularmente P. LALLEMANT en su «*Doctrina Espiritual*». Se puede confrontar la relación de esta doctrina con la de los Padres del desierto en Manresa, Julio-Septiembre 1963.